CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO



DUODÉCIMA



PANAMÁ, ENERO 1.° DE 1882
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE PANAMÁ"
JAMES BOYD, PROPIETARIO.

1882

DUODÉCIMA.

Tanto monta cortar como desatar.

Si me preguntan cuál de las edades del hombre es la más hermosa, yo responderé que la juventud; puesto que si me preguntasen cuál es la más feliz, responderia que la puericia. La infancia no: éste es período sin conocimiento ni de la persona propia, ni de las cosas del mundo: es la inocencia debajo de las alas del sueño, que está madurando para la sabiduría, pero no sabe nada hasta cuando el alma se asoma á la luz y empieza á abrir los ojos á los sinsabores de la vida. El hombre en su primer época ni goza ni padece, sino en cuanto es capaz de gozar y padecer un organismo delicado que lleva adelante sus funciones sujeto á las leyes de la materia. El espíritu nace con el género humano, pero sigue durmiendo en su lecho, que es el alma, hasta cuando las campanadas de las pasiones le despiertan á fuerza de asordar ese recinto oscuro que llamamos corazon, pecho ó seno de la naturaleza. El niño es animalito feliz cuyo pensamiento no va á estrellarse contra los secretos de Dios, ni gime herido por las asperezas de la duda: sus afectos no traslimitan la órbita del amor maternal, ni sus disgustos pasan de los físicos, y esos que son para él comunes con los irracionales, en quienes la ausencia, verbi-

gracia, del sér protector, causa una como pesadumbre puesta en el cúmulo de las desdichas humanas en forma de gritos y plañidos lastimeros. Aun por esto dice el refran: amor de niño agua en cestillo. La memoria, bien así en la cabeza como en el corazon, es tan frágil en esta criatura incompleta, á quien los años acabalarán y pondrán apta para esos regalos del mundo que llamamos placeres y dolores, risa y lágrimas, triunfos y caidas! Algunos filósofos no cuentan en la vida del hombre los dias de la infancia; pues el niño, dicen, "¿qué es sino un cabrito que se anda por ahí saltando?"

A fin de que los cazadores de impíos, proveedores feroces del infierno, que no sufren que el demonio carezca de ánimas fresquecitas ni un dia; á fin de que estos difamadores de la Providencia, malhechores de sus semejantes, no me avienten á los quintos infiernos tambien por esto que aquí digo, acogerme he al manto de un gran sacerdote, de donde no me podrán sacar ni entero ni en pedazos los canes de la sacristía. Cuando digo un filósofo, ya están pensando el fraile audaz, el clérigo ignorante, el obispo sanguinario que aludo á Voltaire ó á Juan Jacobo Rousseau; nó: un teólogo sabio, sacerdote virtuoso, varon apostólico es ahora mi padrino: fray Luis de Granada es quien dice eso del niño y el cabrito. Si me empujan al abismo mis clérigos y frailes, mis jesuitas y capuchinos, mis descalzos y calzados, ha de ser junto con ese doctor de la Iglesia: me he de asir á sus santos hábitos de manera que, ántes que arrancarme de él, me han de arrastrar con él y todo. O más bien, encastillado en tan gran personaje eclesiástico, les he de favorecer con tal puntapié, que he de dar patas arriba en las regiones de Dite con los mochileros de las tinieblas. Tambien es droga estarse úno yendo al infierno á cada triquete de órden de un cabron de éstos que no sabe de cosas visibles ni invisibles, presentes ni futuras, ni dan puntada en los secretos de las ciencias inmortales. Al infierno porque digo que en el niño el alma está dormida, eh? Así estuviera dormida en vosotros, oh vosotros condenadores de oficio y beneficio,

desde la cuna hasta la sepultura, y el mundo se ahorrara embustes sin cuento, patrañas, comedias, extorsiones, abusos y desgracias, pues, á despecho de las barbas de chivo, seriais cabritos que se anduvieran por ahí saltando, buenos quizá para algo, sin ser perjudiciales, por falta de alma. Les cria el alma á ésos, y se les oscurece, y se petrifica en la ambicion, y la codicia la marca con su sello, y son horribles con nombre de prelados, curas, confesores.

Molinós, inventor del quietismo, discurre de este modo: Ninguna virtud agrada más á Dios que la humildad: nada humilla más que el pecado; luego nada agrada á Dios más que el pecado. Esta lógica infame fué aprobada desde luégo por la Santa Sede; y el quietismo ley de una gran porcion de católicos. * Prelados, curas, confesores, humillaos! Quereis ser salvos? humillaos! y una vez en la postura reverente del varon grave que sufre con paciencia las flaquezas de sus prójimos, los tiros de sus enemigos, yo os levantaré con mano respetuosa diciéndoos: Vosotros los buenos, vosotros los sabios, vosotros los justos, léjos de provocar mi cólera ni excitar mi odio, sois los bienvenidos de mi corazon, y coronados estais por esta mi mano, pecadora, mas no culpable de acero homicida ni de pluma envenenada. A los perversos, como el alacran sagrado, los mato: á los útiles, los austeros, los grandes, no los pico. Cuál es el sacerdote de poco tiento que se da por herido de mis saetas? hay alguno? grita por ahí caido en tierra? Ese es el malo, el hipócrita, el impío. Oh tú, varon excelso, Enviado de Su Santidad Apostólica, excelentísimo señor Delegado á látere; tú que has venido á llamar conspiradores infames á los amigos de la libertad; enemigos del bien á los defensores del pueblo; perversos y malvados á los que se exponen al sacrificio de la cruz, bandera alzada contra crímenes y vicios; tú, mal hombre y peor sacerdote; tú, Mario Mocenni, tú estas herido: esos borbollones de sangre pútrida acreditan en tí el cora-

* Cuando el Pontífice Romano hubo caido en la cuenta fué declarada herética la doctrina de Molinós; pero con este impío se guardó miramientos.

zon negro con el cual te has enamorado del más feo de los nacidos, el ladron de honras y haciendas, el castrador de gente, el matador á oscuras.

Oh tú, hombre bondadoso que tienes en mucho las humildades del Evangelio y en nada las soberbias del mundo; que lloras en silencio las desgracias de tus semejantes, y estás pidiendo á Dios el perdon de sus culpas; que alargas el brazo para llamar, no para rechazar á los que llevan sobre los hombros la pesada carga de ilustrar y libertar á pueblos esclavizados é ignorantes; tú que sientes hervir en el pecho la santa ira de la justicia burlada, la religion ofendida, las virtudes echadas á los animales inmundos; tú, hombre bueno, buen sacerdote y buen ciudadano, tú no me miras con horror ni me entregas al enemigo malo, por cuanto mi obra de perseguir á los destructores de las buenas costumbres, los opresores de los humildes, los criminales y corrompidos, bendiciones requiere, no maldiciones de los apóstoles de la moral y agentes de la felicidad de todos.

Hemos vivido de prisa, segun se me trasluce: no ha mucho estuvimos en la infancia, edad de ángeles sin sabiduría, y ya nos hallamos en la de las bajezas y adulaciones, sobornos y granjerías, imposturas y ruindades, que es la de hombres maduros, siquier viejos inícuos, quienes así se hubieran ido á la oscuridad de la nada, ántes que estar brillando con el fuego fatuo de la prostitucion y el crímen. Por dicha Dios nos ha dotado con la preciosa facultad de volvernos atras, bien con el pensamiento, bien con los pasos corporales, aunque, ay de nosotros! no nos es dable desandar ni un palmo lo andado en el camino de la vida. Los años no admiten retroaccion: con la memoria podemos ser jóvenes en to-

do tiempo; las canas, las arrugas son corchetes ciegos que nos llevan á buen recaudo, sin dejarnos volver los ojos, hácia esa parca de rostro frio, inexorable, que nos está esperando al borde de la sepultura. Reina sin amor, tirano sin piedad, Vejez se llama ese ente flaco y trémulo que echa la garra y no afloja sino en la eternidad. Hasta cuando algun dia vengamos á ser viejos incapaces, hagamos de las nuestras: la muerte goza de mero mixto imperio en los términos de la vejez; mas digan lo que quieran sus serviles, no nos convencerán de que toca pito en este órgano de Móstoles que llamamos juventud, montada en la salud, afinado por esas artistas diabólicas que se denominan pasiones, y tocado por ese músico impetuoso cuyo agente interior es sangre ardiente y corazon terrible. Chico y puro estaba el hombre ahora cuatro páginas; y ya le tenemos de Delegado Apostólico y Mario Mocenni, de presidente de la República é Ignacio Veintemilla. En este siglo eléctrico todo puede ser; cuando ya en el de Lope de Vega no andaba el género humano más despacio.

Quien sin apuntarle el bozo
Salió en el acto primero,
Saca al último unas barbas
Como Caron el barquero.

Dejando las barbas para despues, tomémosle cuando aún no las tiene, en esa flor que en la carrera de la vida conocemos con nombre de puericia, desde que se nos caen los dientes hasta cuando empieza á apuntarnos el bozo á los hombres, y las mujeres principian á pagar su tributo secreto á la diosa de rojas flores. Esta edad no es la de las tempestades: su firmamento es límpido, y allá una nube escarmenada y ténue está concibiendo por ventura del destino el monstruo de pesadumbres y amarguras que no muy tarde nos ha de comer el corazon y enturbiar el alma. De los siete años para adelante ella tiene ya ojos para la luz, y echa de ver de una en una las mil cosas de que se componen el mundo moral y el físico. Cuanto á las afecciones, los temperamentos

melancólicos, esos en los cuales el sistema nervioso acabalado y perfecto en edad temprana les vuelve aptos para el amor y el dolor, ésos suelen ser maduros ya en época donde los poco favorecidos por la madre naturaleza son torpes aún é incapaces de esos vuelos inexplicables de sensibilidad y enternecimiento con que prevalecen varones y mujeres de contextura interior fina y ardiente. Algunos habrá, poetas de corazon, si no de pluma, que se acuerden de los dolores que padecieron allá en sus diez años, no por infantiles ménos acerbos que los que han sufrido á los veinticinco. Otros suelen llegar á los dieziocho sin un cariño, sin una dulce pena: éstos son los tristes y desgraciados. Tanto más valemos á los ojos de la naturaleza cuanto mayor es en nosotros la capacidad de padecer y hacer padecer: la virtud de arrancar lágrimas de dolor apasionado es tributo de fuertes caractéres, esos que por el arte mágica de las pasiones echan las suyas afuera y las estrellan contra el pecho que, por simpatía inexplicable, está anhelando recibirlas en sus todavía inocentes profundidades.

A los catorce años cumplidos principia la juventud: el último de esta época de alegría incorrupta nacemos para las mejores y peores cosas de la vida: dentro de los límites de la juventud están encerrados los amores, los dolores grandes; las aventuras, las empresas atrevidas; las hazañas, las obras del fuerte brazo; las esperanzas de tomo, los negros desengaños; los arranques de la ambicion, las caidas de la impotencia; las glorias del triunfo, las vergüenzas del mal éxito; los gritos del placer loco, las lágrimas ruidosas de las profundas aflicciones. Ese grupo de años comprendido entre los catorce y los treinta, arrebolado por una parte, quemado por otra, es el compendio de la vida, si vivir es gozar y padecer, como dicen los filósofos que se desentienden de los fines ocultos con que el hombre nace, vive y muere, siendo la muerte nuevo nacimiento á cosas no columbradas por nosotros. La sensibilidad es suma en el género humano cuando el jóven está aspirando esa flor lujuriante que se llama *veinte años:* entónces se infatua justamente con la fuerza de sus miembros y las es-

peranzas de su pecho. En unos todo es ilusion: flores que no dan fruto, esas ilusiones caen desbaratadas, y no hay remedio sino la muerte: en otros la fortuna se cuaja en gruesos pomos de oro, palmas elevadas, coronas de mirto, y el dichoso mortal su protegido es rey de la sociedad humana con nombre de poeta, héroe, príncipe, triunfador de cualquier linaje que despierta admiracion y goza del respeto de sus semejantes.

Hay otra juventud que, arrancando de los treinta años, se suele dilatar en algunos individuos privilegiados hasta los cincuenta: buenas costumbres, hábitos pulcros y decentes son la fada Urganda que prolonga la vida de su amigo, y hace que á los ochenta años parezca apénas de cuarenta el afortunado Amadis. El ejercicio del pensamiento refresca el alma, la frescura del alma pasa al corazon; y corazon fresco es fuente de emociones que tienen la virtud de prolongar la vida. Hombres hay ancianos á los cincuenta: otros son jóvenes, ya al exterior, ya en lo interior, á esa misma edad. De allí para adelante entramos en la jurisdiccion de la vejez, en cuyos términos suelen orillar la consumada prudencia y la sabiduría, en roce invisible con los heraldos de la muerte que se presentan en forma de esas enfermedades que tienen algo de divino respecto de los varones eminentes á quienes con ellas favorece Hipócrates, el sabidor de la antigua Grecia.

Quisiera yo saber en cuál de estas edades quiere permanecer el excelentísimo señor don Ignacio de Veintemilla? Cuando en proclamas, arengas, bríndis; en decretos, órdenes, ordenanzas; en periódicos literarios, políticos, oficiales vemos á cada paso esta noble calificacion: "Jóven y valiente general," deseamos descubrir en cuál de los períodos de la vida se ha clavado este poste del

crímen, estaca de los vicios? Su anhelo por ser jóven, yo lo comprendo, pues yo mismo he suspirado largos y profundos al ver que me huian los verdes, frescos y amables años de la edad florida. Cosa es tan halagüeña la rosada aurora, que en verdad, si por medio de una impostura pudiéramos quedarnos en ella, muchos frívolos hay, yo entre ellos, que echaran á este propósito una gentil mentira. Si con mentir habeis de ser jóvenes veinte años más, mentid, jóvenes; mentid, viejos; mentid, varones; mentid, mujeres; mentid, aristócratas; mentid, indios. Mentira es virtud en esta circunstancia: terso el cútis, briosa la mirada, negro el cabello, firme el paso, nos bebemos el mundo, y vamos depositando en nuestra historia mil sucesos que, siendo orgullo presente, son gloria para nuestros hijos: ¿cómo no hemos de mentir para ser jóvenes? "Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos á los cuarenta y dos," me dijo hacen doce años el excelentísimo señor conde de Puñoenrostro, don Manuel Torres de la Goma. Trucha ó no comerla: esta mentira es *contraproducentem:* la mentira posible, razonable, tocante á la edad, no puede salir de un estrecho círculo de cuatro ó cinco años: mentira larga de dieziocho, viene á ser absurdo á todas luces. Nunca le he visto más arrugado, canoso, enclenque y chocho á ese noble señor que cuando trató comulgarme con la rueda de molino de sus cuarenta y dos años. La lujuria cansada, el pecado desmayado estaban corriendo por esos lagrimales que semejaban sepultura de gusanos. Ojos garzos sin lumbre de inteligencia ni fuego de amor, parecian en él difuntos que se mueven por obra del galvanismo. La barba, rucia y enmarañada, servia de palacio á mil insectos de esos que cria la cabellera de las paredes arruinadas: yo mismo vi salir de entre ella un *caballo del diablo* que venia arrastrando una araña negra de vientre cenizoso. "Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos á los cuarenta y dos." La estupidez de su vista, ciega en el vicio, pudo solamente no descubrir mi risa interior, esa con la cual yo me prometia hacer este recuerdo alguna vez, en pago de los embustes con que ese perverso ha hecho por desfigurarme. Si no hubiera sido cebar los vicios, yo le hubiera dado una peseta siempre que le encontraba: de este

modo no hubiera sido yo el *ingrato*, sino él, y no le pagara con disciplina los *favores* que me ha hecho. Sus favores consisten, y no lo he dicho hasta ahora, en haberme defraudado de una cantidad de dinero enviada por su conducto, y en haber puesto en mis manos, dice, una carta de Víctor Hugo, cuando pudo haberla ocultado. "Ese malvado? ese monstruo?" respondió una vez un clérigo á un buen patriota que le hablaba de mí como una esperanza de salvacion pública: "basta saber lo que ha hecho con los Gómez de la Torre, para huir de él haciéndole la cruz." Para quedar yo limpio de las imputaciones que envuelve esta calumnia á costal cerrado, basta decir que ese clérigo es canónigo flaco, de esos que mandan á sus confesadas hacer falsos testimonios para triunfo de la religion. Aun no se engorda esa vaina de diablo, porque áun vive; pero allá le esperan los manjares que le harán reventar y llenar los antros del infierno de lodo colorado y sabandijas asquerosas. Cuando así me calificaba de monstruo el canónigo flaco, me hacia visitas nocturnas, encaminando la palabra á una *revolucion redentora*. "Malvado, monstruo ...." raro agente de la redencion! A los Torres de la Goma no les he hecho sino quebrantarles la cabeza y darles chirlos en la cara, cuando han querido que la inteligencia y el honor sirvan á la ineptitud y la infamia. Favores, nunca de ellos; agravios, muchos, de esos que los viles suelen irrogar con la mentira. Haber huido siempre de su casa; haberlos mirado para abajo á despecho de su *nobleza*, esta es mi culpa para con esa canalla.

Mas no se trata de la maldad sino de la edad de don Manuel: "Sí, mi don Juanito, ya vamos, ya vamos aproximándonos á los cuarenta y dos." En un tris estaba que yo no fuera mayor que él, yo, que siendo niño, no de teta como don Antonio, pero muchacho, le veia en casa de mi hermano todos los dias aparejado con su levita de bayeta de color de mono, sombrero de lana, ese que los pinches de Quito llaman *panza e burro*, en los gloriosos tiempos en que ser demócrata era ser Ministro de Estado y candidato para la presidencia de la República. No seria de quince abri-

les don Manuel cuando era ya el risueño coronel de la dulce espada, ó de la espada de dulce? Así como en Venezuela son generales los porteros de las oficinas del despacho universal, los regatones, los zapateros de viejo, así en el Ecuador son coroneles los hermanos de las cofradías religiosas, los síndicos de la Vírgen, los priostes de San José. Cuando don Antonio Borrero y Cortázar es coronel del Santísimo Sacramento, ¿por qué don Manuel Torres de la Goma no ha de ser coronel con buen derecho? Su hermano Teodoro lo es asimismo: el uno el de la bronca, el otro el de la dulce espada, envejecidos ambos en medio de la pólvora de azúcar, rompidos al fuego del hogar doméstico. Las balas rasas de estos dos militares son los mogicones de Ibarra, esos con que vienen derrocando fortalezas, rindiendo voluntades y conquistando empleos y sueldos desde Bolívar hasta la presente. Cuando el señor don Manuel regia el batallon de estudiantes, invadiendo Flores la República; cuando el dicho coronel mandaba el dicho batallon con su espada de alfeñique, era ya barrigon de cuarenta años; y treinta que van de esa cruz á esta fecha, son setenta lisos y mondos como el pelo de la masa. Don Manuel no tiene obligacion de refutar este argumento: *ad impossibile nemo est tenetur*. Mas no se aflija: él ha oido, sin duda, que la chochez y la infancia se dan la mano. Cuando iba á los Campos Elíseos á montar en los caballos de palo que están ahí suspendidos á una rueda para juego de niños, no era viejo, yo presumo? Andando yo un dia por ese bello sitio de Paris con un compatriota al lado: Véale, véale á don Manuel Gómez! me dijo de repente. El buen viejo, con su costal de barbas cenicientas por delante, bien enhorquetado en su caballo de madera, estaba dando vueltas junto con más de veinte muchachitos, quienes todos juntos no tenian los años que él: ninguno pasaria de seis. No de otro modo el señor don Gabriel García Moreno salia en medio de un mar de viejas por las calles de Quito cantando en alta voz las oraciones de la Vírgen. Don Manuel, al fin, puede alegar antecedentes: Agesilao, rey de Esparta, hacia cabalgatas ruidosas en el patio de su casa con sus hijos, tanto él como los chiquitos, caballeros en pa-

los de escoba. Escipion Africano se iba corriendo con los niños por las orillas del mar en busca de conchitas blancas y coloradas: por qué don Manuel no hubiera montado en Paris en caballo de madera? Don Quijote montó asimismo: Sancho Panza, *idem per idem.* Mas don Gabriel García Moreno es inventor de su sistema de procesiones y de cargar la cruz, él, hombre único, en medio de dos ó trescientas mujeres.

Volvemos á la pregunta que aún no ha tenido contestacion: Cuál es la edad en que ha echado raíces el gran señor don Ignacio de Ventimolla? Cuando se llama "jóven y valiente general" no quiere darnos á entender, probablemente, que se halla en la infancia, dulce principio de la vida? Por nada consintiera en ser infante ese grande hombre, como no fuese infante heredero, el cual puede ser de cuarenta años. El príncipe de Gáles está frisando con los cuarenta, y es Infante de Inglaterra. Don Cárlos, el porfiado don Cárlos, es Infante de España, é Infante fué su padre. Ignacio de Ventimolla no quisiera ser infante sino en cuanto heredero de un trono: lo que es niño de teta, como don Antonio, no quisiera: los niños no comen carne, ni beben aguardiente; Veintemilla no quiere ser niño. Los niños no comen más carne, ni beben más aguardiente, ni mandan asesinar de noche á los á quienes temen: Veintemilla no quiere ser niño. Los niños no vuelven á comer carne, ni á beber aguardiente, ni ponen en Europa uno ó dos millones de pesos, pilla de aquí, pilla de allí: Veintemilla no quiere ser niño. Para él no hay más tiempo que el presente; el pasado no existe; el futuro, nada le importa. Estos materialistas por ignorancia son los peores enemigos del género humano, cuando la suerte quiere que tengan predominio sobre una vasta porcion de hombres: los materialistas filósofos, pensadores son peste del mundo moral; los materialistas

sin filosofía ni pensamiento son simples verdugos que sacrifican en su pecho, que es patíbulo, los santos personajes que se llaman virtudes. Honestidad, probidad, á la horca: pudor, pundonor, á la horca: templanza, continencia, á la horca. Todo muere en ese pecho, y de la sangre de sus víctimas nacen y se levantan crímenes y vicios: impudicicia, latrocinio, arriba! Infamia, desvergüenza, arriba! Mala fe, calumnia, arriba! Oh subversion inicua del órden de las cosas! oh negro triunfo del pecado en sus peores formas! oh suerte miserable de pueblo nacido para las lágrimas y la ignominia!

Veintemilla no quiere ser niño: gustará de hallarse en la puericia, la fresca edad donde los afectos íntimos rompen las capas del corazon y muestran afuera el sonrosado crisma, bien como plantas olorosas que poseen mágicas virtudes? esa edad donde las pasiones empiezan á tomar fuego, y arden silenciosas en mundo tibio aún, no animadas sino por tal ó cual ráfaga que pasa sobre el hombre de esos años despertándole el corazon á sustos inmotivados, júbilos insensatos, y por ventura dolores indecisos? No, Ignacio Veintemilla no quiere hallarse en la puericia, porque no se le caigan los dientes; sin dientes ¿ qué fuera de él? Su vida está en los dientes: para la carne, para la difamacion, dientes necesita: morder es vivir para él: apénas abre los labios que no sean mentiras y vanidades la materia de su razonamiento. Dientes largos, puntiagudos, de esos que rompen la inocencia, se clavan en la ausencia y causan groseras heridas. Caballo carnívoro, el bueno, el pundonoroso son su presa: si las virtudes se asoman por allí, abre las mandíbulas, y festin para sus dientes. Los caballos de Diomédes se comieron á su dueño: las yeguas de Potno, enloquecidas de amor por este bello muchacho, se lo tragaron en pedazos. Ignacio Veintemilla, enloquecido, no de amor sino de odio, se traga tambien á pedazos talento, valor, buena fama, y los rumia á la larga, no como caballo, sino como buey, porque su placer es mascar: mascar viandas, mascar honras. Bestia rara por lo feo, por lo torpe, no podemos explicar su vida sino por *la paciencia de Dios*, esa voluntad inmóvil que, sufriendo los

agravios de los perversos, con designios favorables quizá para los buenos, consiente en que ésos lleven adelante su carrera de crímenes, que son injurias al cielo; su profesion de vicios, que son desmentidas á la virtud. La paciencia de Dios estuvo salvando á las ciudades malditas mucho tiempo; la paciencia de Dios le salvó á Neron catorce años; la paciencia de Dios se prendió en ira, y llovió fuego sobre Sodoma; la paciencia de Dios se volvió justicia, y Neron se cortó el pescuezo con su mano. Si ese malvado que se llama Ignacio Veintemilla vive y reina todavía, no lo atribuya á la proteccion, sino á la paciencia de Dios que sufre y espera el dia de sus decretos. La paciencia de Dios se inflamará, y el mísero caerá cortado el pescuezo, y los perros arrancarán girones de su carne, y los puercos hozarán sus entrañas, y estarán sus miembros como inmundicias por las calles, y su alma habrá volado hácia abajo negra y pestilente. ¿ Es para ménos el negar á Dios negando la verdad; el asesinarle asesinando á los buenos, los útiles; el ofenderle con todo género de obras ilícitas; el irritarle con invocaciones diarias, como si á su apoyo debiera él las maldades con que hace gemir á sus semejantes? La paciencia de Dios es silencio de muerte: cuando él dice en la Escritura: "Acallaré mi furor," los perversos se ponen á dar diente con diente. Dios acalla su furor contra los peores: su paciencia es sentencia de muerte y condenacion.

Ni los crímenes me irritan más que los vicios en ese tiranuelo infame: su aborrecimiento por la verdad no tiene límites; su amor desenfrenado á la mentira está acreditando el demonio que dentro de su pecho preside sus palabras y sus actos. No ha mucho estaba en Quito un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú: Ignacio Veintemilla y José Maria Urbina, teniendo por cierto el triunfo de esta nacion, fueron peruanos, en términos de no ahorrar brutalidades y desmaños respecto de Chile. Don Juan Luna, por tanto, privaba con el presidente del Ecuador: respetos, consideraciones y adulaciones de todo linaje, para Luna, el Ministro de la República vencedora. Cae Li-

ma, se pierde el Perú: su Enviado se va de Quito á tomar su parte en las amarguras y lágrimas de su patria: su amigo Veintemilla alarga los dientes, le muerde por atras, procura ensuciarle con su baba. Y el señor Ministro del Perú no lo sabe; y yo tengo á bien hacerle saber ahora la felonía de su camarada de Quito, á fin de que se vuelva con la furia del hombre de bien herido en la honra, y le castigue con un bofeton de cuello vuelto al pícaro que beneficia la ausencia del amigo con imposturas, vergonzosas en galopines y marmitones.

Llegóse un dia el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile á Ignacio Veintemilla, y le dijo: Señor presidente, seria posible que cesase la persecucion al señor don Francisco Montalvo? Parece que el encono de Vuexcelencia contra este hombre de paz no tiene fundamento. No me hable usted de esto, respondió el hijo del robo y la mentira: Luna le ha denunciado al doctor Montalvo; pues me ha dicho que le ha pedido á él armas y dinero para la revolucion con que intentan derribarme. Yo sé, replicó el ministro de Chile, que el señor Montalvo no conoce al señor Luna, ni se ha dirigido á él por medio de cartas. Si es así, volvió á decir el hijo del robo y la mentira, Luna ha mentido. Pero yo tengo á bien atenerme á lo que él me dijo: la persecucion de don Francisco no cesará miéntras yo tenga el poder en la mano.

Llegóse otro dia á don Ignacio Veintemilla el Delegado de Su Santidad Apostólica, y le dijo: Señor presidente, qué hay respecto del señor Francisco Montalvo? por qué se le persigue? Ese es un pícaro, respondió el hijo del robo y la mentira: á Luna, ministro del Perú, le importunó mil veces con solicitar auxilios de armas y dinero contra mí; y Luna me lo ha dicho. El clérigo italiano agachó la cabeza, otorgando con ella la impostura de su proveedor: el chileno habia tenido el ánimo necesario para darle un mentis al condecorado farandulero. Efectivamente, mi hermano Francisco no conoce al señor Luna: y no hubiera sido, más

que estupidez, insensatez, ir á solicitar auxilios contra Veintemilla del partidario, el confidente de Veintemilla? Si el ministro de Chile hubiera sido el ausente, á él le hubiera achacado *la denuncia* el hijo del robo y la mentira. Mintió, pues, por la gorja Ignacio Veintemilla cuando dijo que el ministro del Perú habia denunciado á mi hermano Francisco; miente cada vez que lo repite, y mentirá como bellaco y mal nacido cuantas veces insistiere en esa nefanda imputacion. El señor Luna no tiene necesidad de desmentirle: ni yo, ni nadie hemos dado asenso á tamaña bellaquería; mas si fuera de justicia le diera una mangonada al vil que ha tratado deshonrarle ante dos personas tales como dos Enviados Extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios. Las Catilinarias, hé ahí *las armas* que han solicitado contra él mis parientes y amigos. Justos por pecadores, ley de hombres sin conciencia que sacrifican hijos por padres, hermanos por hermanos. Si yo le hubiera consultado al mio respecto de estos opúsculos, viendo estoy su fuerte oposicion: no hay de comun entre nosotros sino la hombría de bien y el patriotismo: temperamento, genio, política van por vias diferentes; y por esto me he visto obligado á privarme de sus consejos en cuanto he hecho y escrito en mi vida. Moderacion inrestricta, calma, sufrimiento son virtudes de mi hermano: yo me le voy á fondo al tirano, al delincuente, al indigno, y no así paulatinamente, sino de primer entrada; y los echo en tierra, y allí los tengo á mis piés quebrantada la cabeza, y que den sus alaridos como Satanás. Ignacio Veintemilla se venga de mí con perseguir á mi hermano: esta venganza no debe de ser la *dulce* con que se saboreaba García Moreno: venganza insípida, sin gusto ni satisfaccion: venganza de ruin, venganza de tonto, que ni es venganza.

Con que si Ignacio Veintemilla no tuviera dientes, se viera en ayunas de estas gollerías: no quiere por esto hallarse en los siete años de edad, cuando principia la puericia. Ser "jóven y valiente general" es, yo supongo, hallarse en el centro de ese círculo resplandeciente de los veinticinco á los cuarenta años? Hoche, pacificador de la Vandea, era jóven y valiente general de la República, esa República que surgió como ángel repentino del seno del infierno. Hoche, á los veinticuatro años fué general: en viviendo algo más hubiera sido, dicen, el brazo derecho de Napoleon. Marceau, más jóven aún, mereció las lágrimas del Estado Mayor enemigo, cuando entró la oficialidad austriaca al castillo de Alterkirchen y rodeó en silencio el lecho donde estaba estirado el cadáver de ese niño maravilloso. Marceau, general de division á los veintidos años, jefe de ejércitos vencedores, fué *jóven y valiente general.* Cuántos años tiene Ignacio Veintemilla para serlo á su vez? Ahora quince, reinando García Moreno, presentó al Congreso su hoja de servicios: el lanzazo al negro José Julian, cuando éste se hallaba abrazado con otro; su obra de verdugo de poner en el patíbulo á Manuel Tomás; los palos llevados orillas del Carchi en pueblo de Colombia: la cabeza rota, el cuerpo arrastrado, las orejas tiradas por hombres y mujeres: todo esto alegó ante el congreso, y se puso treinta años de edad. La barra exclamó: Y por qué se ha quitado trece el bruto? "Jóven y valiente general" con cincuenta y ocho años á cuestas! Bolívar murió de cuarenta y siete, teniéndose por viejo: Napoleon apénas habia trasmontado los cincuenta, y eso adjuntando á ellos los ocho de Santa Elena, que no fueron sino muerte en vida. A nadie que pasa de cuarenta le ocurre llamarse jóven, como no sea un sandio. Don Quijote frisaba con los cincuenta: andaba el generoso hidalgo á llamarse jóven á cada vuelta de hoja? "Jóven y valiente general" un bestion que sólo en la cerviz tiene cuarenta años! No le pongamos sino diez en la sublime andorga; ¿cuántos quedan para los piés? Ocho, cuatro para cada uno. Luego tiene cincuenta y ocho, y es viejo, por mucho que Crispin Zapote nos aturda llamándole "jóven" en sus brín-

dis empapados en aguardiente. Cincuenta y ocho tiene el jóven: y eso dando de barato que cada uno de sus piés no tenga sino cuatro; lo cual pudieran poner en contingencia estimadores y tasadores ménos benévolos que yo; pues así, de cuatro años de edad, dirian, no son posibles esos abominables secretos que, si salieran del zapato de siete suelas, serian la caja de Pandora, y vómito prieto para las repúblicas hispano-americanas.

No es cosa de nuestros dias el vicio de ocultar los años: el amor al oriente de la vida nos viene de nuestros primeros padres, en términos que Matusalen, á los ochocientos noventa y nueve, escondia siquiera uno, y decia ochocientos noventa y ocho, cuando le preguntaban por su edad. Tan ventajoso debe de ser este período del tiempo, que entre los dioses, fuera de Saturno, apénas hay quien no sea mozo de treinta años, si varon; muchacha de veinte, si mujer. Esta es la edad de Vénus; que la bella Psíquis, la fresca Hebe no pasan de dieziseis, lo mismo que la pura Vesta, esa deidad amable cuyo ministerio es velar el fuego sagrado. Apolo es garzon de edad florida: ni puede por ménos: la poesía es siempre jóven, como la aurora. Ignacio Veintemilla será como Apolo, dios de la luz, que con ágil planta, el arco en la mano, el carcaj al hombro, desciende del Olimpo á proteger á Héctor? Dudo que Apolo hubiese cargado sobre sí el pescuezo conventual que le hace prevalecer sobre provinciales y canónigos al jóven y valiente general Ignacio Veintemilla. El célebre oculista Desmarres, dándome un dia suaves golpecitos entre pecho y espalda, me dijo: *A quarente ans le ventre viendra.* Luego para empezar á tener barriga se necesita haber pasado de los cuarenta: es así que la de Ignacio de Ventimolla no le va en zaga á la del más provecto benedictino; luego ese viejo religioso no es jóven y valiente general. Y los piés? Santiguaos, viejas! Santiguaos, clérigos! Santiguaos, beatas y beatos! Los católicos no tienen la mala maña de expresar su admiracion de una cosa grande, fea y desmedida con santiguarse una y otra vez? Pues ahora es cuan-

do viene como de perilla esa muestra de caridad. Y cuántas veces no se han santiguado mentalmente las señoritas de Quito, cuando han visto delante de ellas ese dios de la luz que no acertaba á esconder esas dos prensas diminutas de imprimir versos de Corina! Cuadrados, juanetudos como los de Monipodio, esos piés divinos tienen los dedos jorobados, á modo de jiba de camello, y el empeine cubierto de pelos tan gruesos, que suben á la categoría de cerdas. Los jóvenes lacedemonios tenian obligacion de pasar cada semana desnudos delante de los Eforos, quienes castigaban á los gordos y pesados con el azote de la patria, *ainda máis* una buena multa: el jóven Ignacio *de* Veintemilla saldria ileso, merced á la graciosa delgadez y la agilidad de sus miembros, de esa prueba gimnástica que era certificado del mérito de cada uno.

Sucedió que navegando hácia Europa en 1869, mi camarote se hallase contiguo al de Ignacio Veintemilla: salgo un dia por mi puerta, empujo la suya .... ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal! Diana, sorprendida desnuda por Alemeon en la rústica fuente donde estaba bañándose, llevó tal susto que, si no fuera diosa, allí se hubiera muerto: el jóven del camarote se enderezó de súbito, pero ya no me vió, pues volé por la escalinata arriba. Como yo subia, un grito agudo vino á herir mis oidos: era una jóven inglesa que caia desmayada frente por frente á la puerta de la Diana de bigotes, quien se le habia presentado como le parió su madre en medio de su angosto departamento. Puesta la queja al capitan del buque por el marido de la inglesa, la Diana de bigotes se defendió como un Demóstenes; pues dijo que en lo secreto de su morada pudo haber estado del modo que más cumpliese á su voluntad, y al espejo de medio cuerpo donde se habia estado mirando en cuatro piés el instante que yo empujé su puerta en mala hora. El inglés no sacó nada; mas sí la inglesa cuatro dias de indisposicion especial, sobre el recargo de vómito, indispensable en el Atlántico. Acudió el jóven lacedemonio á ven-

garse de mí con fuertes reconvenciones; mas hubo de reportarse cuando le hice ver que era una ganga eso de haber producido tan gentil desmayo en una de las muchachas más guapas de á bordo; y qué más se queria haberse visto en demanda por desnudo. Rióse el jóven, y dijo que ciertamente la inglesita nunca habia soñado ver cosa tan buena. Y por qué no hubiera estado desnudo? Niso y Eurίalo, desnudos corren parejas en la Eneida; Niso y Euríalo, muchachos hermosos como el dios del amor. El jóven Ignacio *de* Veintemilla, más hermoso, no está por ocultar sus hechizos, cuando puede dar síncopes maliciosos y arrancar gritos de mística lascivia. Autólico, Critóbulo, Dailoco no eran más jóvenes ni más bellos que este Adónis resucitado á las faldas del Cayambe. En la mitología no hay figuras más puras é interesantes que Psíquis sorprendida y Amor enojado: cuál de estos dos luminosos personajes quiere ser el jóven Ignacio *de* Veintemilla? Psíquis sorprendida? Amor enojado? Partes son las suyas que pueden hacer de él una Vénus en el acto de estar saliendo de la espuma del mar, bañada por los rayos de la aurora. El emblema de Capaneo, uno de los jefes que fueron contra Tébas, era un hombre desnudo con una antorcha en la mano: Ignacio Veintemilla honrará algun dia el escudo de Capaneo, sin otra diferencia sino que, lo que, en el un desnudo es antorcha, en el otro son uñas largas y puñal. El Fauno de Praxíteles, el Apolo de Belvedere, desnudos están: desnudo el Gladiador del Vaticano: desnuda la Vénus de Milo en el Museo de Florencia: desnudo Cupido: desnudas las tres Gracias: ¿por qué no ha de estar desnudo el mudo Ignacio Veintemilla? A don Antonio sí no le quisiéramos ver en cueros: todo eso ha de ser una pura lástima. Pero dejemos su bella persona interior para cuando este famoso adalid nos vuelva á llamar á singular combate cubierto de todas armas, las cuales en él se reducen á la mascarilla para no ser conocido, y á la pluma de ganso, que no hiere como la espada de Roldan el encantado.

En la última guerra de los rusos con los turcos descuellan dos figuras que, por escasa que sea la imaginacion de quien las mira, se quedan allí grabadas para siempre. Gurko y Scobeleff son dos generales del Czar Alejandro, á quienes sólo empresas que acometer y dificultades que vencer les ha faltado, para subir al grado eminente de héroes y sujetos de novela: las que se les pusieron por delante, las acometieron y vencieron. Gurko es soldado de caballería que rige una division de cosacos, esos terribles semibárbaros que en otro tiempo perseguian al sofí de Bactriana *por las níveas llanuras de Astracan*, segun que lo vió Mílton en el Paraíso Perdido. Gurko jinetea un corcel blanco, de cola esparcida, que se yergue en penacho sobre el anca. El ojo de este animal es de fuego: los dientes están asomados afuera, por cuanto los labios, en arruga belicosa, se recogen cerca de las fauces. La crin larga y crespa desafia al viento: la oreja diminuta está erguida en tension amenazante. Gurko, sable en mano, vuela como un Genio de la Scitia, y á saltos desmedidos va difundiendo muerte y terror entre los hijos del Profeta. Sus cosacos le siguen: Gurko alfrente de ellos, es ésa una legion de espíritus siniestros que amagan la ruina del Islam. Terrible en la batalla, Gurko es humano y generoso en la derrota: magnánimo, como valiente, la cuchilla de Mourawieff se ha roto en sus manos.

Scobeleff es soldado de infantería: el amor de sus tropas por él raya en delirio. Scobeleff, terrateniente acaudalado, gran señor en la paz, es grande general en la guerra: trasunto de Cimon, á su mesa se sientan todos los oficiales del ejército; los soldados tienen derecho á la mitad del pan y el vino de su jefe. Para valiente, Scobeleff; para atrevido, Scobeleff. Scobeleff es uno como Febo en el ejército, brillando como brilla por la mocedad y la hermosura. La diplomacia se interpuso entre este muchacho y sus esperanzas: á nada ménos habia tirado sus líneas que á izar la bandera moscovita en el palacio del Gran Turco, entrada Constantinopla á furor de espada. Gurko y Scobeleff, bien como Hoche y Marceau, son jóve-

nes y valientes generales: si estos no llegaron á los treinta, ésos no llegan á los cuarenta. Chanflones de la órden de Ignacio Veintemilla, gordos como abadesas, pesados como indios carniceros, lentos y doloridos como curas gotosos; cobardes además y ajenos al punto de honra, ¿por dónde ni á qué título vienen á ser jóvenes y valientes? "Aquí me llama valiente, decia Ignacio Veintemilla, señalando con el dedo una página cualquiera del Regenerador; allí dice que soy tonto: contradiccion, pura contradiccion todo este Juan Montalvo." No sólo valiente: cuando ha sido menester llamarle ladron, he anticipado la advertencia de que es jóven. Cuando me ha cumplido calificarle de traidor, no ha sido posible, sino adornándole con la prenda de la belleza; y asesino le he llamado, envolviendo este puro carácter en la alcorza del amor. Los redactores de la formidable "Candela" le prometieron tenerle por un Napoleon, si la dejaba llegar á doce números: dieziocho embestidas aguantó el fatuo frunciéndose y diciendo: *Arrarray! ananay!* interjecciones de la lengua quichua que un famoso filólogo de Molliambato ha propuesto para su gran diccionario á la Academia Española. Mas viendo el Napoleon de yeso que ni á los veinte números le cumplian la palabra, juró en Dios y en su ánima no sufrir en adelante periódico liberal ni periódica conservadora.

Tenia yo una ocasion necesidad de acusarle de un robo que acababa de hacer: Ladron, dije; pero no carece de valor. Otra vez fué preciso recordar sus traiciones, en eso de haber llamado á los colombianos: Traidor, dije; mas no se puede negar que es jóven. Por último le eché en cara un asesinato: Asesino, dije; pero sabe insinuarse con las damas. Sin guardar este temperamento, ¿cómo piensan ustedes que hubiera yo podido echar á luz tantos y tan terribles escritos en las barbas de ese *chagra* desaforado, tan perverso como ignorante?

Cosi a l'egro fianciul gli orli del vaso
Di soave licor por giamo aspersi:

Torcuato Tasso quiere decir que, así como al niño enfermo le damos de beber la droga, engañándole con untarle de almíbar la orilla del vaso, así á los tontos se les unta de vanidad la embocadura de la copa, y ellos tragan cuanto brebaje tienen á bien propinarles los sabidores de la imprenta. Pero hablando en Dios y en conciencia ¿cómo ha de ser valiente canalla que desde jóven ha sufrido los bofetones de quien ha querido dárselos, sin llegarse á él en seguida á pedirle cuenta con la espada? Manuel Tomás era jayan de veras bravo: sale un dia, encuentra por ahí á Ignacio Veintemilla: "Infame, bien que te necesitaba yo," y cachete con él; cachete y más cachete; cachete con una y otra mano, hasta que al fin le da un porrazo en la oreja y le echa á la plaza desde el portal del palacio del presidente. Precursor de García Moreno, cayó por allí mismo por donde años despues su dueño habia de buscar la eternidad patas arriba. El *jóven y valiente coronel* se levantó sano y bueno, y, trote trote, trote trote, mirando hácia atras, ganó su casa y mandó cerrar la puerta. Manuel Tomás hasta ahora está esperando el billete de desafio. ¿Ha de ser valiente infame que se deja abofetear en la calle y no vuelve por la honra? Coronel zurrado, coronel abofeteado ahora treinta años, en ley de justicia ha de ser hoy "jóven y valiente general." Este jóven tan valiente buscó su desagravio en el patíbulo: como hombre, no le halló Maldonado: cuando miró en torno, vió soldados que lloraban en silencio, y un jefe que rebosaba en alegría. Gabriel García Moreno le vengó á Ignacio Veintemilla: el que ha menester un caballero andante para sus desfacimientos ó reparaciones, es ruin que no puede vivir sin proteccion ajena. Valiente; ¿cuándo ha convenido este calificativo al verdugo? Este no es sino infame. Tomar con fuerza armada á un hombre solo; echarle grillos; traerle velando sobre él con ojos de basilisco; ponerle en las gradas del cadalso; irse á su casa salpicado de sangre, ¿ésto es ser valiente? Pero ni esta sangre ha

podido borrar las huellas de los cinco dedos que Manuel Tomás le puso en la cara. Aristócrata escupido, como Manuel Torres; militar abofeteado, como Ignacio Veintemilla, son la hez de la sociedad humana: en pueblos sin educacion ni virtudes solamente pueden preponderar estos rufianes que se levantan muy gustosos despues del centenar de costumbre.

A espaldas vueltas me dieron
El usado centenar,

dice un alcahuete en una obra clásica española. Este alcahuete, con los acostumbrados cien látigos atras, y los cien bofetones consabidos adelante, se llama hoy presidente de la República. Alcahuete del patíbulo, le lleva la muerte bien pagada. A García Moreno le aborrecí por tirano: á Veintemilla no le puedo aborrecer: la infamia no alcanza el honor del odio: desprecio es el que este confidente del patíbulo me inspira: desprecio acre, amargo. No le perdonara por desprecio, si cayera en mis manos; le condenara á muerte despreciable: la horca es honra para delincuentes así tan bajos y soeces. Bolívar no se desdeñó de ahorcar á Zuázola: la bala generosa, el noble acero no merecen la triste suerte de quitar la vida á los que la han manchado con las más viles acciones. Traicion, robo, incesto, asesinato, perjurio, no son para la señoril espada ni el soberbio remington. Bolívar tuvo vergüenza de fusilar á Zuázola: le hizo ahorcar á vista y paciencia de los españoles encerrados en Puertocabello.

Qué me estás diciendo ahí, Clearco? quieres que me manifieste indigno de la corona, precisamente cuando estoy empeñado en ser

rey? De este modo respondió el jóven Ciro á uno de sus generales que le aconsejaba permanecer á retaguardia durante la pelea. Este muchacho merecia la corona, áun cuando hubiera perdido la batalla. Napoleon emperador ya, en una de las mayores, dijo á sus oficiales; Entrad: á la menor señal de indecision de la victoria, me vereis delante de vosotros. Adelante se ponen los valientes, no atras ni á un lado, como el cobarde Veintemilla. Sabedor éste de que el ejército enemigo avanzaba por su izquierda, tomó por la derecha con la flor de los guayaquileños, defraudándole así á esta brava milicia del honor del combate; y mandó contra los que venian á un anciano tan cobarde como él, y por ventura más borracho. Suerte, casualidad, fatalidad, de todo hubo en el llano de Galte; ménos inteligencia ni valor en el jefe victorioso, aunque sí mucho de esto en algunos de sus tenientes y oficiales. Cuanto al Jefe Supremo, se fué con dos mil hombres por donde no habia enemigos, si no eran trescientos chagras del Azuay, tan pusilánimes como desarmados. El odio erró poco de hacer una buena obra: á quinientos pasos del *jóven y valiente general* un muchacho le envió una bala, con tan desdichada suerte, que en vez de matar la de arriba, mató la mula de abajo. "Tras estas paredes se escondió el mudo Veintemilla cuando le mataron la mula," me dijo un caminante, como pasábamos por los Molinos de vuelta de Guayaquil. Cayó la mula: el jinete, desconcertado, pálido, corre y busca paredes que le protejan. No es éste el jóven Ciro que le reprende al general que le aconseja preservar la vida, ni el jóven Bonaparte que se arroja sobre la granada reventada á sus piés, y la aplica humeante a las fauces de su caballo. Caballero en bestia mular, vestido de religioso, ¿qué jóven ni qué valiente habia de ser fraile como ése con pescuezo y barriga de prior? Valiente .... Le mataron la mula; esto sobra para su fama. De suerte que si los yangüeses le hubieran acabado de matar á Rocinante cuando este jóven tomó mal siniestro con sus yeguas, don Quijote se hubiera tenido por el más valeroso de los caballeros á causa de la muerte de su buen amigo? Don Quijote sí que era bravo donde mas largamente se contiene: embestir, arremeter;

quedar en el campo como bueno, ó salir airoso, ésta su vida. Ni le vemos alabarse de que los yangüeses le hubieran malferido su corcel de guerra. Un hombre emboscado á quinientos pasos le mata la mula: Ignacio Veintemilla es el más valiente de los mortales; y su mula muerta le rejuvenece á él; pues no sólo es valiente, sino tambien jóven, á causa de la mula. De modo que el dueño de un perro que matan los policiales será tambien jóven y valiente? y la vieja que manda matar en pascuas un puerco gordo es asimismo jóven y valiente? A falta de pan buenas son tortas, Chinchilla hermano; y el muerto á la fosada, y el vivo á la hogaza.

Cuando oigo á los enemigos inhábiles de este zanguango llamarle soldado en via de hacerle injuria, hiervo de indignacion. Julio César es soldado; Pirro, el de las pavonadas armas, soldado; Bonaparte, soldado; San Martin, soldado; Simon Bolívar, soldado: Antonio José Sucre, soldado; José Antonio Páez, soldado: soldados, esto es, conquistadores, libertadores, fundadores, hombres de pensamiento excelso y fuerte brazo, que reinan en la memoria de sus semejantes por sus hechos, buenos ó malos, pero grandes, esos que se denominan hazañas, y que causan admiracion. La carrera de las armas, bien comprendida, bien seguida, es la más brillante de cuantas pueden abrazar los hombres que nacen para bien del género humano, como que en su jurisdiccion entran valor, inteligencia, patriotismo, sacrificio, todas las virtudes conjuntas con el resplandor temeroso del acero. Soldado un criminal ajeno á los derechos y los deberes de la milicia? Soldado un asesino á media noche, ladron á medio dia? Soldado un tosco nieto de la plebe sin primeras letras ni asomos de educacion militar? Soldado uno que no tiene ni sospechas de la sabiduría de la espada? Soldado uno con quien nada tiene que ver el punto? En ciertos paises de América el término "soldado" ha venido á ser sinónimo de bandolero, infame: cuando sus enemigos de poca maña le llaman soldado á Ignacio Veintemilla, lo que quieren decirle es asesino, ladron, ignorante. Yo vuelvo

por los fueros de esa noble clase, y hago mi protesta con el corazon y la pluma contra esa mal avisada é injuriosa trocatinta. Soldado es von Moltke, gran escritor, gran ciudadano: soldado es Garibaldi, libertador de las dos Sicilias, amor de un pueblo ilustre: soldado es Mac Mahon, caballero sin miedo y sin tacha: soldado fué Juan Prim, español capaz de toda gallardía. Decir "soldado" para insultar á un pícaro, es error que envuelve una calumnia en globo: si queremos darle su merecido, digamos que no lo es. Los nuestros no lo son: yo les hago justicia con no tenerlos por soldados: ineptitud y crímen revueltos en aguardiente, no son militares. El buen hijo de la patria, el juez recto, el magistrado sabio, el escritor luminoso, el maestro de virtudes son soldados de la República: todos la sirven, la defienden y engrandecen con las armas de la inteligencia y el amor, las cuales no son ménos útiles que la espada vencedora.

Milicia y valor, milicia y pundonor son una misma cosa: pundonoroso ya lo hemos visto á Ignacio Veintemilla; valiente, cuando la hazaña de la mula. Los valientes son como el caballero del Cisne: "Se levantó luego á pié, é metió mano á la espada, é comenzó á se defender muy fieramente, é dábales tamañas feridas, que al que alcanzaba bien, no habia menester maestro." Por qué no metió mano á la espada Ignacio de Veintemilla, é comenzó á se defender muy fieramente, é á darles tamañas feridas á los que allende el Carchi, en tierra de Ipiáles, le doblaron á palos por enamorado y por entremetido? Imaginó este beocio que en pueblo de poco más ó ménos, le era dable entrarse puertas adentro en donde quiera á enturbiar la vergüenza y arremeter con el pudor: tuvo además á bien ser parte interesada en elecciones; y los buenos hijos de los Andes le dieron todo junto, como al perro los palos. Un dia desembocó en la plaza una muchacha á todo correr, y se metió á la iglesia: Ignacio Ventimilla la seguia sin sombrero gritando: Bartolita! Bartolita!

Si el aguijon de amor pica
Excusado es poner tregua:
Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando.

Válame Dios, y qué don Juan este así, para echarnos so capa de católico éste género de acotaciones peliagudas y escabrosas! Pésame de vos, señor cabeza torcida ó santo quemado, como se llama el hipócrita, que así teneis por malo y no pasadero lo que en tiempos de más honestidad é ingenuidad ha pasado por las picas de Flándes de la Santa Inquisicion con vénia del arzobispo de Toledo, primado de las Indias; pues no direis que Cristóbal de Castillejos hubiese concurrido á un auto de fe con las brujas de Zugarramurdi, ni que hubiese entregado el alma al diablo á causa de ese cuarteto de pié quebrado, y los otros muy más ardientes que omito por inocencia y pureza en el decir? El bueno de Castillejos no echó á la luz del dia, ni la podia echar, su oda al amor, sin prévia censura eclesiástica; por donde mis clérigos y clericales no tienen lugar á reclamo, sin incurrir en ese delito que proviene de hurgar en lo pasado en autoridad de cosa juzgada. Si los versos de don Cristóbal adolecen de rubicundez, la Santa Inquisicion tiene la culpa que les dió pasaporte para la posteridad. Pero, mi don Juan, á otros tiempos otras costumbres, y á otras costumbres otro lenguaje: el corazon ha empeorado quizá en nosotros; mas los oidos han ganado en limpieza. A esto non vos podemos responder, venerables apóstoles de la moral hablada, aunque no de la sentida ni la practicada, sino con la promesa de no volver á citar al atrevido Castillejos. Lo que importa saber es cómo le fué á nuestro jóven proscrito con su amor al aire libre, y si le fué bien contado cuando embistió con la fugitiva. Pues mándoles yo á los ofendidos que se queden con tamaña injuria: dieron sobre él por de pronto tres ó cuatro ciudadanos libres con sendas estacas, y en dos por tres le rompieron la cabeza en doce partes. Acudió el pueblo: por hombre sin ventura

se hubiera tenido el que no le hubiera logrado con un soplamocos, donde las viejas arremetian á las orejas del corderillo, quien se puso á cantar el kirieleison ó pedir calaguala, como dicen, con unos gritazos de tonto que llenaban los ámbitos del pueblo. Bien molido, bien pateado, bien arrastrado, debió la vida el infelice á la intervencion del cura, que no todos son de hacha y machete, sino de paz algunos y de misericordia. Bautizado así por más de mil demonios, pidió su pasaporte á la reina oscuridad, y maldita la satisfaccion que han tenido Chiles y Cumbal de volverle á ver en tierra de Colombia.

Habrá sabido usted, me dijo una vez el jóven enamorado, que me rompieron la cabeza en Ipiáles. ¡Y qué entripado fué el del señor general cuando le respondí: Hola, hola, con que me le rompieron la cabeza? No sabe usted que Aténas conminaba con pena de muerte el extranjero que tomara parte en el sufragio popular, por cuanto los atenienses tenian creido que eso era usurpar el derecho de soberanía? Qué soberanía ni que .... alforja, volvió á decir: no hay más soberanía sino que me rompieron la cabeza! Siéntolo en el alma, repliqué: para en otra, y téngalo usted en cuidado, no hay que irse así suelto tras mora ni cristiana; ni haga finta de querer alzarse con la honra de casada ni soltera, porque ahí serán los palos para vuestra excelencia.

Palos? siendo presidente los ha llevado, y de más de la marca: ahí está Francisco Bermúdez que no me dejará mentir: ¿qué habrá sido cuando era simple galopin nieto de mayordomos rurales? Este es el "jóven y valiente general," éste el capitan sabio y perito en cosas de guerra. "Todo lo tengo meditado y previsto," les dijo á ciertos jefes que le querian indicar el plan de campaña contra el Gobierno al cual acababa de hacer traicion en Guayaquil: "déjenmelos ustedes llegar á las puertas de esta

plaza: de aquí los arreo y los meto de sopeton en Quito. Yo no entro, no señor: me hago á las faldas del Pichincha como quien no quiere la cosa: les corto el agua, el aire: un tiro á la derecha, otro á la izquierda: pasa una res, atrapa! viene un caballo, *pau!* Le doy el asalto á la Magdalena, y le quito la cuajada al enemigo; me apodero de Sámbisa de Noayon, y le privo de las esteras. Borrero ha de ir probablemente á rodear monumentos el juéves santo: yo caigo como un rayo sobre Cotocollao, y prosigo paulatinamente mis operaciones. ¿Cómo piensan ustedes que Sucre se lo mamó al padre Velasco? (No fué al padre Velasco, sino á Aimerich, mi general.)

Pobre don Antonio! si así como su católico enemigo iba á interceptarle el aire y cortarle la cuajada, le cortara tambien la chicha, ¿qué hubiera sido de él?

Aníbal adelanta á Roma á paso largo. En el Anío, en Trasímeno, en Canna, en todas partes ha vencido, ha destrozado las legiones enemigas. El pueblo deja ver su terror á grito herido: el senado, que es todavia una junta de dioses, permanece impasible. Los cónsules tienen cargo de la defensa de la patria: el cartagines se acerca, temblando el suelo bajo los piés de sus elefantes armados en guerra. El un cónsul ocupa la llanura, y le pica la retaguardia: Aníbal da una estampida hácia atras, y le escarmienta. El otro le sigue por las laderas, las montañas, sin apartar un punto la vista del enemigo de Roma. Veis esa nube? les dice á sus generales el hijo de Amílcar, enseñándoles con la mano el ejército de Fabio Máximo; eso es lo que yo temo. En cuanto al huracan que viene tras nosotros, de un estornudo lo disipo. Y diciendo y haciendo, se vuelve otra vez sobre el cónsul imprudente, y le destruye. El viejo Fabio Máximo salvó á Roma con la sabiduría.

Monsieur Jourdain habia hablado prosa cuarenta años sin saberlo: mi amigo Ignacio de Ventimolla está imitando á Fabio Máximo sin caer en la cuenta. Los elefantes de don Antonio

requieren que no baje de las montañas hasta el fin del mundo; á ménos que éste no vaya á dar en las horcas caudinas del juéves santo. Esto es ser militar. Pero á lo ménos el viejo Fabio no les cortó el aire ni les interceptó la cuajada á los cartagineses.

Lectores habrá quizá que tengan por imaginacion *demasiado fuerte* la mia, bien como Bernardino de Saint-Pierre juzgaba de la de Chateaubriand, tomándolo en mala parte; y por muy asentado el carboncillo en los perfiles de ese extraordinario semblante: en Quito sabe el mundo entero que Ignacio Veintemilla mandó una tarde prender á Bálmes y ponerle grillos. Como oyese una cita contra los opresores de los pueblos, cita del gran campeon del catolicismo, en un impreso que á dicha estaban leyendo en su presencia, llamó aparte á un oficial de servicio y le dijo: Anda, y préndeme á ese demagogo, y échale un buen par de grillos, para que sepa con quién las ha. Vuela el sicario, cierne la ciudad en demanda del clérigo demagogo que ha insultado á su excelencia: "No seas bruto," le dice por ahí un antiguo de esos de capa larga, zuecos y anteojos que suelen abundar entre los cristianos de los barrios: "si quieres tomar preso á Bálmes, tienes que pasar á España, y áun más adentro, pues tiempo ha que es muerto ese claro varon, ese fuerte hijo de la Iglesia." El que manda prender á Bálmes en Quito, ¿por qué no hubiera concebido ese plan de campaña, mejor que el de Fabio Máximo?

Todos los vicios son impetuosos en ese desdichado: su organizacion posee la violencia del mal: siendo preciso decir á cuál defecto se inclina con más fuerza, yo responderia que á la mendacidad y al robo. Por mentir, y nada más que por mentir, nie-

ga á Dios, á pesar de su conciencia. Cuanto á robar, el órgano de este crímen es en él tan abultado, tan grosero, que en su cráneo parece una cabeza sobre otra. Un pobre hombre, un buen hombre los ha protegido, socorrido con buena voluntad en sus hambres al señor mariscal Ignacio *de* Veintemilla y sus tres Furias. Pobre gente esa, la hambrienta! y buen pueblo ese, pueblo compasivo que da de comer y vestir á los príncipes de la sangre. Don Ignacio *de* Veintemilla y su real casa, recibiendo á pistos, han llegado á deberle dos mil pesos al buen hombre, al pobre hombre: siendo presidente el señor mariscal, el bueno, el pobre topa con un pariente suyo: Ahora sí que estás del otro lado: te tienes ya en tu casa tus dos mil pesos? Pierde el color el pobre hombre, y, temblando de ira, contesta: Yo no sé cómo los diablos no cargan conmigo: sabes que el Mudo me descuenta lo que me debe con el sueldito de mi empleo? Por tonto le tienen al señor mariscal de pilla pilla, y por antonomasia es llamado el Mudo, no ya en el Ecuador solamente, pero tambien en las repúblicas vecinas; mas yo echo de ver que es el Salomon del latrocinio. A quién se le ocurre pagar deudas personales, deudas rancias, con el propio sueldo del acreedor, á quien ha empleado adrede? No hay duda sino que este Luis XIV es el Tesoro, bien como el otro era el Estado. Deponiendo airadamente á un director de estudios, ya recordamos este hecho, dijo: "El infame no vivirá en adelante de mi bolsillo." Las arcas nacionales son su bolsillo, y es cuanto podemos decir. De suerte que nosotros intentamos robarle cuando hacemos por devolver el tesoro á la Nacion? Yo vi una vez una donosa caricatura de Cham: eran dos bandidos que estaban despojando de prendas y dinero á un viandante: *Nous sommes volés*, exclama uno de ellos, al tiempo que le saca el dinero de la faltriquera; *il n'a que de l'argent.* Nos ha robado este pícaro; no tiene sino plata. La República les está robando de igual modo á Ignacio Veintemilla y José Maria Urbina: no tiene sino plata: les roba el oro y los diamantes que no tiene. Qué decis, amigos, qué decis de uno que defrauda de una miserable suma á un protector infeliz, teniendo como se tiene ya en los bancos de Lóndres cerca de dos millones de pesos?

Habia en la antigüedad un rey poderoso á cuya jurisdiccion estaban sometidas naciones y gentes de gran porte de la tierra. El poder era tan grande como las riquezas en ese monarca, el cual hubiera cubierto medio mundo con el oro que poseia. Innumerables sus rebaños: montes y valles no son suficientes para esas manadas de animales que están rebosando en territorios sin límites. Un hombre por ahí, un viejo cargado de familia, tiene una oveja con cuya leche sustenta y cria á su hijo recien nacido, por que á su esposa, enferma, se le ha perdido la suya. Llegan un dia á su cabaña unos hombres barbudos con picas y lanzas en la mano, y de órden del rey se llevan la oveja del anciano campesino. Esta cabeza única, aislada, ¿de qué le sirve á hombre tan rico? Ni el mar aumenta su caudal con una gota de agua que se derrama en él, ni el desierto de Zahara sus arenas con un grano que le trae el viento, ni ese potentado ve crecer sus rebaños con ese infeliz animalito: pues se lo lleva el rico, y manda soltarlo en sus dehesas. El dueño de la oveja cae en pesadumbre, mas no se atreve á hacer reclamo. Su hijito, el niño que vivia de la leche de esa humilde alimaña, muere de hambre; su esposa, de dolor. El viejo, solo en el mundo, volviendo los ojos arriba, dice: Señor, así están reposo y vida de tus servidores al arbitrio de fuertes y soberbios? Ves aquí un desgraciado sin bienes de fortuna, sin esposa, sin hijos: el hurto de mi oveja ha sido la muerte de los mios, esos séres queridos en quienes yo tenia puestos corazon y pensamiento. Oigo decir que lo que los hombres hacen tú lo haces: es verdad que tú permites estas cosas? Tú las miras: los malvados infringen tus leyes; pero allá en el recinto temeroso de la justicia eterna el castigo está aparejado. Tú eres bueno, tú eres santo: bendita sea tu voluntad, y bendita la hora en que los que padecen salen de este mundo.

Maldita sed de oro! exclama un poeta enfurecido con las

iniquidades y bajezas de estos hombres voraces que engullen á dos manos ese metal siniestro. Yo quisiera que con el oro sucediera lo que con el maná del desierto, esto es, que lo que sobrara del necesario se corrompiera al punto. Quisiera, digo, que las riquezas excesivas, las superfluas de los avaros, las perjudiciales de los vicios se convirtieran en estaño, en vil escoria. Tener cada cual lo necesario seria el equilibrio perfecto de las necesidades y las satisfacciones: esta oposicion permanente del trabajo con la riqueza, del hambre con la abundancia compone el desórden mortal en que vivimos zozobrando, y nos estrellamos quiénes contra la miseria, quiénes contra la gula. Este murmullo vasto, eterogéneo que llena ciudades y naciones, es un conjunto lastimero de hurras y ayes que se levantan de los palacios ebrios y las cabañas hambrientas, donde los hombres, en los dos extremos de la suerte, ofenden á Dios con el guirigay de la embriaguez y la soberbia, ó le bendicen con el suave concierto de la resignacion y la alabanza Los fuertes persiguen á los flacos; ley de la naturaleza es ésta: el leon al ciervo, el águila al cisne. Y en las profundidades del océano, en esas regiones oscuras no exploradas por nosotros, sabeis qué de atrocidades no llevan adelante el tiburon, la tintorera en los pejes de menor cuantía que ni por vivos y ligeros se escapan del apetito de esos monstruos? Tirano sin entrañas, soldado sin piedad, juez sin rectitud, rico de bronco pecho son los tiburones de la sociedad humana, que en este mar de perversidades y desdichas donde vamos todos al remo de la vida, se disparan sobre el hombre de bien humilde, el pobre sin arbitrios, el débil sin resistencia. Cosa mala es el mundo: pero él se compondrá cuando, apurada la clemencia divina, naciones y ciudades, imperios y repúblicas sean montones de difuntas piedras que estén compitiendo con las que han vuelto estériles para siempre las orillas del lago del Desierto.

Puede un tirano ahogar la imprenta en los contornos de su jurisdiccion; la imprenta vive en el proscrito, huye con él, y puesta en salvo con su amigo, da ayes profundos, voces altas que hacen temblar á los opresores de los pueblos. Qué fuera de éstos si, con asesinar á unos, sepultar en prisiones á otros, tener aterrados á los demas hijos de la patria, los tiranuelos hubieran coronado su obra? Mudas están las víctimas en su presencia; pero hablan al exterior: ventrílocuos prodigiosos, le tienen aturdido al capataz ignorante que, látigo en mano, se está volviendo á un lado y á otro, sin saber en dónde ha de dejar caer el brazo. El amenaza á todos, hiere á todos; todos le amenazan á él con la cólera divina. La cólera divina es camaleon incomprensible: las formas que toma y los colores que reviste no tienen cuento: apoplegía fulminante es cólera divina; puñal de la salud es cólera divina; rayo que estalla y deja muerto al aborrecido del género humano es cólera divina. Malvados! la cólera divina es sombra cautelosa muchas veces: cuando vais á salir, ella está tras la puerta: os sigue, os ciega: llegó el dia del demonio; suyos sois, hombres felices que os titulais ricos, grandes y poderosos. Nunca mueren los malvados, dice Sófocles: parece que los dioses se complacen en sacar del infierno todo lo perverso y dejarlo que viva en el mundo eternamente. Sí mueren: mira allí, poeta, ese hervidero de sangre podrida en donde están saltando larvas y sabandijas que crecen y suben y se vuelven grandes monstruos: es la sangre de los malvados que van muriendo. Pero de ella nacen otros, de ese hervidero salen los que prolongan su vida, y acaece que parezca no tener fin la de estos enemigos de Dios y de los hombres.

ERRATA SUSTANCIAL.

En la Octava Catilinaria, página 19, 17.ª línea, donde dice "*Historia de los diez años*," léase "Historia de la Revolucion Francesa."